

LA MUERTE DEL EMIR «ABD AL-RAHMĀN II, SEGUN  
EL RELATO DEL «MUQTABIS» DE IBN HAYYĀN (1)

A don Jacinto Bosch Vilá

Ibn Ḥayyān supo unir a sus dotes de gran historiador la poco común característica de ofrecer, junto a los datos puramente históricos, la faceta humana de los personajes, a veces verdadero retrato moral, teñido en unos casos de ironía, en otros de admiración o ternura. Así ocurre con el texto que hoy presentamos, en el que se narran los últimos días del soberano cordobés, nacido en Toledo, «Abd al-Rahmān II. De este emir se han destacado sus valores como estadista, constructor, organizador del aparato gubernamental, amante de la ciencia y mecenas de los sabios, se le ha tachado de excesivamente sensual, pero apenas se ha mostrado algún rasgo suyo de debilidad humana o afecto. Ibn Ḥayyān rompe esta norma.

Porque, en el pasaje que dedica a los últimos días del emir, nos muestra al hombre que, ante la muerte, busca el afecto de los que le rodean y ansía la paz del campo, en un intento de olvidar un pasado cargado de obligaciones estatales y problemas políticos.

Al publicar estos textos intentamos, junto al deseo de dar a conocer un aspecto curioso de la vida de un importante hombre de estado, desvelar, en cierto modo, el secreto que ha rodeado la muerte de «Abd al-Rahmān II. Ninguna otra de las fuentes consultadas recoge estas noticias; casi todas se limitan a señalar la fecha de la muerte sin entrar en otros detalles. Tampoco la bibliografía manejada la ha incorporado. Las referencias que proporcionan Dozy (2) y Simonet (3) parecen sugerir que el fallecimiento pudo deberse a

(1) Utilizamos la edición de Maḥmūd «Alī Makkī relativa al emirato de «Abd al-Rahmān II (*al-Muqtabis min anḥā' ahl al-Andalus*, Cairo, 1971). Respetamos e incorporamos algunas de las notas del editor que afectan al fragmento aquí traducido.

(2) R. DOZY: *Histoire des musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les almoravides*, Leyde, 1932, vol. I, pág. 346. Tanto Dozy como Simonet toman la noticia de S. Eulogio.

(3) F. J. SIMONET: *Historia de los mozárabes*, Madrid, 1897-1903, pág. 440. La referencia se aproxima algo al texto de Ibn Ḥayyān, indicando que el emir «subió al eminente terrado que se alzaba encima del Alcázar para distraer sus ojos con las magníficas vistas que allí se descubrían».

la fuerte impresión que le causó ver los cuerpos sin vida de unos mozárabes ajusticiados. Leví-Provençal no se pronuncia en ningún sentido, y se limita a preguntarse si la causa de la muerte se debería a una intriga palatina, añadiendo que las crónicas callan sobre este punto y sólo Ibn al-Qūṭīyya aclara algo en relación con los sucesos posteriores al óbito. Resulta extraña esta afirmación, teniendo en cuenta que Leví-Provençal (4) fue el primero en utilizar directamente el texto del *Muqtabis*, que le sirvió de base para redactar el capítulo correspondiente a este reinado.

En cualquier caso, siempre se ha hablado de una muerte repentina. El relato del *Muqtabis*, por el contrario, nos indica que su fallecimiento fue el final de un largo proceso que se prolongó tres años. Sin poder determinar con certeza la enfermedad que lo provocó (5), lo único seguro es que en el alcázar real se conocía su existencia y que tanto los familiares del emir como los cortesanos, y es de suponer que la nobleza de Córdoba, supieran que su final estaba próximo. No cabe, por tanto, ninguna sorpresa ante el hecho de la muerte de ʿAbd al-Raḥmān II.

Al repasar los fragmentos recogidos por Ibn Ḥayyān, parecen apreciarse dos versiones distintas. Cronológicamente el segundo de ellos, el que corresponde al relato del nieto, Aḥmad, debe ser el primero puesto que en él se narra lo ocurrido cuatro días antes de fallecer ʿAbd al-Raḥmān. Luego, mientras se llevaban a cabo los preparativos para su deseado viaje, debió tener lugar la anécdota descrita por Ibn Waḍḍāḥ. Parece confirmarlo el propio estado de ánimo del emir, aún animoso e ilusionado, repartiendo las órdenes

(4) E. LEVÍ-PROVENÇAL: *España musulmana*, vol. IV de la *Historia de España*, dirigida por R. MENÉNDEZ PIDAL, Madrid, 1950, pág. 176.

(5) En un reciente trabajo de A. ARJONA CASTRO: «En torno a la vida y la muerte del emir ʿAbd al-Raḥmān II», *Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba*, XLIX (1980), 249-256, este médico cordobés, estudioso interesado en temas de la España musulmana, y de modo concreto de Córdoba, intenta establecer la hipótesis de la enfermedad que provocó la muerte del emir. En el citado trabajo, que en su origen fue una comunicación leída en la Real Academia de Córdoba, el autor recoge y traduce algunos de los pasajes que aquí ofrecemos. Cotejando su traducción con la que nosotros hemos realizado, apreciamos algunas variantes, por lo que hemos creído oportuno dar a conocer nuestra versión para que el lector interesado pueda disponer de ambas. Siempre de acuerdo con nuestra traducción, pensamos que su estudio médico podría replantearse, y no porque pretendamos inmiscuirnos en un campo que es el específico del doctor Arjona Castro y que a nosotros nos queda muy alejado. Es que los síntomas en que él se basa y que interpreta como fiebre y pérdida de apetito, nosotros lo vemos como pérdida casi total de movimientos y debilitamiento general (lit.: «de su fuerza»).

precisas para satisfacer sus caprichos, en el segundo fragmento, y ya totalmente abatido y sensible, en el primero.

Y si el ánimo del soberano es dispar, también lo es el tono de los fragmentos. Ibn Waḍḍāḥ traza un cuadro bucólico en el que el río, la campiña cordobesa y un rebaño de ovejas son elementos destacados; un cuadro apacible, de colores suaves, acordes con el estado del emir. Aḥmad, por el contrario, nos presenta una imagen palaciega en la que ministros, servidores y telas lujosas sirven de fondo a un monarca aún decidido y con poder.

Pero mejor que cuanto nuestras palabras puedan intentar explicar, los propios narradores ilustrarán al lector y le harán darse cabal cuenta de lo que sucedió al emir ʿAbd al-Raḥmān II en sus últimas horas.

#### EL RELATO DEL «MUQTABIS»

[Pág. 158]

Año 238/852-853

En este año murió el emir ʿAbd al-Raḥmān ibn al-Ḥakam ibn Hišām ibn ʿAbd al-Raḥmān ibn Muʿāwiya ibn Hišām ibn ʿAbd al-Malik ibn Marwān. Ocurrió la noche anterior al jueves día 3 de rabīʿ II/22 de septiembre del 852 (6); el mismo jueves fue inhu-

(6) Dan la misma fecha: Ibn ʿIdārī, *Bayān al-mugrib*, ed. G. S. Colin y E. Lévi-Provençal, vol. II, París, 1948, pág. 81 y traducción francesa basada en la edición de R. Dozy, Leiden, 1848, por E. FAGNAN, *Histoire de l'Afrique et de l'Espagne intitulée al-Bayano'l-Mogrib*, vol. II, Alger, 1904, pág. 132; Ibn Saʿīd, *al-Mugrib fi ḥulā al-Magrib*, ed. Sawqī Dayf, Cairo, 1955, vol. I, pág. 45. Coinciden en el mes y el año, sin especificar el día Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil fi l-taʿrīj*, trad. parcial por E. FAGNAN, *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, Alger, 1898, pág. 230; al-Maqqarī, *Nafḥ al-fīb min guṣn al-Andalus al-raḥīb*, ed. Iḥsān ʿAbbās, Beirut, 1968, vol. I, pág. 347. Por su parte al-Juṣanī, *Kitāb al-quḍāt bi-Qurṭuba*, ed. y trad. J. RIBERA, *Historia de los jueces de Córdoba por Aljoxani*, Madrid, 1914, pág. 113 del texto y 138 de la trad., sólo cita el año, con una nota del editor indicando que el ms. señalaba el año 288. En cuanto a al-Nuwayrī, *Nihayāt al-ʿarab*, trad. M. GASPARD REMIRO, «Historia de los musulmanes de España y Africa», *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, VI (1916), 22-23, da las fechas de 3 de rabīʿ I y rabīʿ II del mismo año 238. También señala el mes de rabīʿ I Ibn al-Abbār, *Kitāb al-ḥulla al-siyarā*, ed. H. Muʿnis, vol. I, Cairo, 1963, pág. 119. Finalmente observamos una importante discrepancia en las obras Faḥ al-Andalus, ed. J. González, Argel, 1889, pág. 74, que indica que murió en rabīʿ II del 231 e Ibn al-Jaṭīb, *Kitāb aʿmāl al-aʿlām*, ed. E. Lévi-Provençal, Rabat, 1934, páginas 21-22, que da la de 3 de rabīʿ II del 233. Más adelante, en el texto del *Muqtabis*, veremos que se ofrecen también distintas fechas para la muerte del emir.

mado en el panteón real (7) del alcázar de Córdoba. Lo bajaron a la tumba sus hermanos al-Mugīra y Umayya (8). Dirigió la oración su hijo el soberano Muḥammad ibn ʿAbd al-Raḥmān.

Había nacido en Toledo en el mes de *šacbān* del año 176/noviembre-diciembre del 792 (9). Por entonces su padre al-Ḥakam era *wālī* de aquella ciudad, nombrado por su padre el emir Hišām. Cuando murió [el emir ʿAbd al-Raḥmān] tenía sesenta y dos años; su reinado duró treinta y un años, tres meses y seis días (10).

Dijo al-Ḥasan ibn Muḥammad ibn Mufarriȳ (11):

Ibn ʿAbd al-Barr (12) dijo que el emir ʿAbd al-Raḥmān murió la

(7) El editor, Dr. Makkī, en la nota 71, pág. 257, señala que la *turbat al-julafāʾ* o *rawdāt al-julafāʾ* era el cementerio real, contiguo al alcázar y frente a la mezquita aljama. En la misma nota ofrece la bibliografía pertinente.

(8) Nuevamente aprovechamos los datos proporcionados por M. A. Makkī, quien en la nota 72, págs. 257-258, recogiendo noticias de Ibn Ḥazm, Ibn ʿIdārī y al-Maqqarī, indica que al-Mugīra ibn al-Ḥakam fue quien dio su nombre a la almunia de al-Mugīra, que era uno de los arrabales orientales de Córdoba, en donde tenía su residencia. Su padre al-Ḥakam lo había nombrado heredero, tras de su hermano ʿAbd al-Raḥmān. En cuanto a Umayya, su hermano ʿAbd al-Raḥmān le confió el mando de la expedición que realizó la algarzúa contra Toledo del año 219/834.

(9) Hay coincidencia total en las fuentes árabes consultadas respecto a esta fecha. Concretamente especifican el mismo mes y año al-Nuwayrī, *Nihayāt*, páginas 22-23; Ibn Saʿīd, *Mugrib*, vol. I, pág. 45; al-Maqqarī, *Nafh*, vol. I, pág. 347. Sólo recogen el año Ibn al-Aʿīr, *Annales*, págs. 144, 230 e Ibn ʿIdārī, *Bayān*, vol. II, página 80 del texto y 130 de la trad.

(10) A propósito de su reinado señalan las fuentes: Ibn al-Aʿīr, *Annales*, página 230: «había reinado treinta y un años y tres meses»; Ibn ʿIdārī, *Bayān*, vol. II, página 31 del texto y 132 de la trad.: «murió a la edad de 62 años tras un reinado de treinta y un años, tres meses y seis días»; al-Nuwayrī, *Nihayāt*, pág. 23: «vivió 62 años. El tiempo de su gobierno fue de treinta y un años, dos meses y seis días»; Ibn Saʿīd, *Mugrib*, vol. I, pág. 45: «su vida duró 62 años; su reinado treinta y un años, tres meses y seis días»; *Fatḥ al-Andalus*, pág. 74: «su edad 62 años; su reinado treinta y dos años, tres meses y seis días»; Ibn al-Abbār, *Hulla*, vol. I, pág. 113: «fue su reinado de treinta y un años, tres meses y seis días»; al-Maqqarī, *Nafh*, vol. I, página 347: «murió... a los treinta y un años de reinado». También en este caso el propio texto del *Muqtabis* ofrece variantes.

(11) Autor cordobés, cliente de los omeyas, que vivió en la primera mitad del siglo x. Debíó escribir una historia de al-Andalus cuyo original se ha perdido, pero que consta que fue utilizada por Ibn Hayyān, el autor del *Fatḥ al-Andalus* y quizá por Ibn ʿIdārī, lo que da valor a su obra. Cf. C. SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *En torno a los orígenes del feudalismo*. Vol. II: *Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII*. 2.ª ed., Buenos Aires, 1974, págs. 118-119, donde se incluyen fuentes y bibliografía referidas a este autor.

(12) Abū ʿAbd al-Malik Aḥmad ibn Muḥammad ibn ʿAbd al-Barr al-Qurṭubī, cliente de los omeyas, muerto en prisión el 950 acusado de participar en una conjura contra ʿAbd al-Raḥmān III. Versado en el *ḥadiṭ* y el *fiqh*, fue autor de una

noche víspera del jueves, día 28 de *rabīʿ* I del año 238/17 de septiembre del 852. Se dice también que su muerte fue el día 3 de este mes/23 de agosto y que su reinado duró treinta y un años y veintiocho días. [Otros] dicen que, por el contrario, fueron cinco meses; otros que fueron tres meses y cuatro días y otros que seis días.

Fue inhumado el jueves, a la mañana siguiente a la noche de su muerte, en la *rawḍa* de los soberanos antecesores suyos, en el alcázar de Córdoba. Dirigió la oración su hijo el emir Muḥammad ibn ʿAbd al-Raḥmān, sucesor suyo en el trono. Al morir contaba sesenta y dos años. Había nacido en Toledo, perteneciente a *al-Tagr al-adnā* (13), cuando su padre al-Ḥakam ibn Hišām era *wālī* de aquella ciudad, nombrado por su abuelo Hišām. Ello sucedió en el mes de *šacbān* del año 176/noviembre-diciembre del 792.

Dijo el alfaquí Muḥammad ibn Waḍḍāḥ (14):

El emir ʿAbd al-Raḥmān ibn al-Ḥakam se aisló de la gente antes de su muerte durante un período aproximado de tres años, a causa de una enfermedad que le afectó, se hizo larga y penosa, le impedía moverse, minaba sus fuerzas [pág. 159], le provocó una gran debilidad anímica, invadió su mente de pensamientos tristes, [ello agravado por] un fuerte pesar a causa de las turbaciones que afectaban su poder real.

Se cuenta que [el emir] dijo un día a los altos dignatarios de la *jašša*, los cuales habían permanecido constantemente a su lado en el curso de su enfermedad, y entre los que figuraba Saʿdūn (15),

---

obra titulada *al-Fuqahā bi-Qurtuba*, ampliamente utilizada por Ibn al-Faraḡī e Ibn Saʿīd. Cf. nota 73, pág. 258, de M. A. Makkī.

(13) Dice J. BOSCH VILÁ: «Algunas consideraciones sobre al-Tagr en al-Andalus y la división político-administrativa de la España musulmana», *Etudes d'orientalisme dédiées à la mémoire de Lévi-Provençal*, Paris, I (1962), pág. 26: «*al-Tagr al-adnā* o *al-awsaḥ* (Marca próxima o media) comprendía en el siglo X la línea de castillos del Tajo dependientes de Toledo... Los cuarteles generales de esta Marca fueron, sucesivamente, Toledo y Medinaceli».

(14) Abū ʿAbd Allāh Muḥammad ibn Waḍḍāḥ ibn Bazīʿ (o Buzayʿ) al-Qurtubī, cliente del emir ʿAbd al-Raḥmān ibn Muʿāwiya, fue considerado con Baqī ibn Majlad uno de los principales introductores de la ciencia del *ḥadīṯ* en al-Andalus. Nació el año 814-815 y murió el 900. Extractamos estos datos de la nota 74, pág. 258, del editor.

(15) Eunuco que, con otro compañero suyo llamado Qāsim, gozó de la confianza de Ṭarūb y tuvo un importante papel en la ascensión de Muḥammad I al trono. Sobre este personaje y la intriga que urdió al fallecer ʿAbd al-Raḥmān II, véase, sobre todo, R. Dozy, *Musulmans*, vol. I, págs. 347-348, que basa su relato en Ibn al-Qūtiyya, *Taʿrīḥ iftiṭāḥ al-Andalus*, ed. y trad. J. Ribera, Madrid, 1926, pág. 77 del texto y 62 de la trad.

su jefe, a quien el emir había distinguido especialmente tras la muerte de su favorito Naşr y los que le sucedieron :

—¡ Hijos míos! —así, de este modo benevolente y dulce se dirigía a ellos— siempre deseé vivamente ver con mis propios ojos la luminosidad del mundo y la amplitud de la tierra; como ya me está vedado salir en su búsqueda, tal vez si yo subiera a una atalaya desde la que mi vista pudiera vagar, encontrara consuelo mirando la tierra que se extiende bajo mí y mi cuerpo se sentiría flotar libremente. ¿Hay algún medio de hacer ésto?

Ellos respondieron :

—¡ Claro que sí, señor nuestro!

Los altos dignatarios se apresuraron a cumplir los deseos del emir. Dispusieron uno de los lechos reales de bambú, liviano y de sólida hechura, y colocaron sobre él un delgado colchón, mullido y relleno de plumas. Sentarían en él al emir, lo cargarían sobre sus cuellos y lo subirían hasta el lugar elevado que, de acuerdo con los deseos del soberano, era una construcción que él había levantado sobre la *Bāb al-ġinān*, una de las puertas meridionales del alcázar; luego bajarían del mismo modo. Extremarían el cuidado cuando transportaran al emir en el lecho por las vueltas de la escalera, hasta lograr su objetivo, y evitarían que el emir sufriera fatiga alguna.

Colocaron, pues, al emir «Abd al-Raĥmān sobre aquel lecho, lo sujetaron firmemente para impedir que sufriera sacudidas y lo fueron subiendo con suavidad hasta llevarlo a la parte superior de la atalaya. Lo situaron en la zona delantera, acercándolo a la puerta del centro que domina el descampado del Arrabal, situado ante la puerta del alcázar. [El emir] dejó vagar su mirada y contempló los altozanos de la Campiña, el río, que tenía frente a él, y las embarcaciones que lo surcaban, subiendo y bajando [por sus aguas].

Su ánimo se sintió reconfortado; su pecho se dilató. Agradeció a sus servidores todos los esfuerzos que habían hecho para satisfacerlo y les dijo:

[Pág. 160]

—¡ Hijos míos!, sentaos ahora a mi alrededor, acompañadme con vuestras palabras, dejadme disfrutar de vuestra charla sin que mi presencia os coarte de decir nada de lo que habláis entre vosotros cuando estáis solos, a fin de que me olvide con ello de los sufrimientos de mi enfermedad.

Así lo hicieron y él disfrutó de su compañía y se sintió cómodo y relajado. Pasó la mayor parte del día en aquella atalaya. Y fue

cayendo la tarde. [Sus cortesanos] le invitaron a descender a sus estancias y mientras se disponía a hacerlo, su mirada cayó sobre el descampado que había ante él, en un rebaño de ovejas que pacían en un talud, pero no vio con ellas ningún pastor que las cuidara. Dijo:

—¡Hijos míos!, ¿cómo está este ganado suelto, sin pastor?

Ellos reflexionaron y contestaron:

—Señor nuestro, su pastor está sentado cerca de las ovejas, descansando a la sombra de los jardines de Ṭarūb, que están enfrente, gozando de la vida [recostado] en la ladera.

[El emir] exclamó:

—¡Dios le valga!

Luego volvió a fijar su mirada en aquel ganado. Exhaló un profundo suspiro y, dando libre curso a sus lágrimas, lloró hasta humedecer su barba y dijo:

—¡Por Dios!, ¡cuánto me gustaría estar en el lugar de ese pastor, sin tener obligaciones mundanas, ni ocuparme de los asuntos públicos, como tengo que hacerlo!

Luego pidió perdón a Dios repetidas veces e invocó su Nombre. Lo llevaron a su lecho y aquel día su vida se extinguió.

Aḥmad, hijo del emir Muḥammad ibn ʿAbd al-Raḥmān (16), refirió:

Mi abuelo, el emir ʿAbd al-Raḥmān, enfermó de aquel mal que le causó la muerte. Fue muy prolongado y acabó debilitándolo. Se alargó algún tiempo, remitiendo a veces, agravándose otras. El volvía a recaer y se consumía. Sus médicos ensayaron numerosos tratamientos, en un esfuerzo para buscar su curación; pero la muerte les anunció que había llegado su hora al enfermo. Cuatro días antes de morir, aproximadamente, la enfermedad remitió y él sintió renacer sus fuerzas de tal modo que llegó a imaginar que estaba curado de su mal. Ordenó que le [pág. 161] prepararan el baño, que tuvo la virtud de equilibrar sus humores (17); tomó pues un baño caliente, que mejoró su aspecto; se acicaló como en él era costumbre y concibió la esperanza íntima de emprender con su familia un viaje que le proporcionara distracción, confiando poder llevarlo a cabo.

(16) No hay prácticamente noticias sobre este príncipe omeya. Al parecer la única mención que de él se ha conservado se debe a Ibn Ḥazm, *jamharat al-ansāb*, ed. ʿAbd al-Salām Ḥārūn, Cairo, 1926, pág. 99. Tomamos este dato de M. A. Makkī, nota 77, pág. 258.

(17) Lógicamente se refiere a los cuatro humores orgánicos.

Pero mientras se disponía para efectuarlo la muerte se acercaba a su encuentro.

Una vez decidido aquel proyecto, que él, equivocadamente, acariaba, llamó a su *ḥāyib* cĪsà ibn Šuḥayd (18), a quien tenía en gran estima. Le hizo llegar a su presencia la mañana del día en que había de morir. Le dio la buena noticia del alivio de su enfermedad y de la renovación de su vitalidad y le dijo:

—¿Cómo ves mi aspecto, cĪsà?

Aqué! repuso:

—¡Ayude Dios al emir mi señor! ¡Jamás vi mejor aspecto! Ello es mejor indicador de la recuperación de mi señor y de su mejoría que la luna cuando sale de su eclipse, gracias al favor de Dios sobre él y sobre sus súbditos.

Se alegró el emir con aquellas palabras y le dijo:

—Algunas de nuestras princesas nos preguntaron acerca de la promesa que les hice de emprender con ellas un viaje de placer, según es costumbre. Sal inmediatamente, cuida de que se prepare lo necesario para este viaje y hazlo de la mejor manera y de prisa, pues nos pondremos en marcha mañana por la mañana, con la ayuda de Dios.

Marchó cĪsà a cumplir su encargo y el emir dijo a la camarera encargada de sus asuntos (19):

—Ve en busca de la encargada de la ropa y ordénale que nos elija de entre nuestras telas de brocado una pieza de tejido *yūsufi*, que sea la más lujosa en su género, y tráenosla.

Así lo hizo la camarera: le trajo una tela *yūsufi* deslumbrante, de una elegancia como nunca se había visto nada igual. Ordenó el emir a uno [pág. 162] de sus altos dignatarios que lo llevara al maestro sastre (20) del alcázar para que le cortara tela para hacerle

(18) Alto dignatario perteneciente a la aristocracia árabe de los *dājilūn*. Fue nombrado *ḥāyib* el año 833 por 'Abd al-Raḥmān II, cargo que le fue confirmado por Muḥammad I cuando llegó al trono. Cf. la amplia nota que le dedica M. A. Makkī, nota 104, págs. 265-266.

(19) El cargo de *rāsida* era uno de los existentes tanto en los palacios de la familia omeya como en los de los altos dignatarios. Este cuerpo de servidores femeninos, equivalente a las actuales doncellas o camareras, tenía a su cargo la intendencia del emir, que las nombraba personalmente, al par que les confiaba la dirección de las *jazzānāt* (guardianas o celadoras) de las que dependían diversos almacenes, entre ellos el guardarropa aquí mencionado. Tomamos la noticia de M. A. Makkī, nota 79, pág. 259.

(20) El tecnicismo alarife (*al-ʿarīf*) es uno de los que se han difundido, concer-



un vestido y, de la misma pieza, hiciera una *qalansuwa* (21) para su *ḥāyib* ʿIsà, a fin de que ambos pudieran vestir aquellas prendas en el viaje que habían de emprender al día siguiente por la mañana; [le ordenó también] que reuniera a los artesanos que debían confeccionarlas. Pero el servidor regresó con la respuesta del maestro sastre, quien opinaba que la costura del tejido no la podían hacer en el tiempo marcado, debido a la delicadeza de la confección del vestido, al tiempo que requería su recamado y a la imposibilidad de reunir manos suficientes para hacerlo, además del trabajo de la *qalansuwa* para el *ḥāyib*, que había de hacerse a continuación con el sobrante del vestido, y que también requería mucho tiempo.

Aquella noticia afligió al emir y abatió su ánimo, hasta que su *ḥāyib* ʿIsà le hizo olvidarlo delicadamente y le quitó importancia a la contrariedad, diciéndole:

—De entre los vestidos y delicadas *qalansuwas* que el almacén del emir guarda alguno habrá que quite la preocupación de este otro vestido, del que no se puede estar seguro de algún fallo, debido a la prisa. Así, sin tener que dejar su idea, ello se podrá lograr en el plazo fijado, ¡con el poder de Dios!, y [mi señor] se librará de la pena que le aflige. Y como yo tengo magníficas ropas regaladas por el emir y excelentes *qalansuwas*, me sentiré feliz de engalanarme con ellas para su servicio. Aleje, pues, de su amada alma la tristeza en un momento que no admite espera y cumpla su propósito de alegrar su espíritu con un viaje.

Fue colocada aquella tela sobre una silla en el Salón del Consejo... y allí se dejó, mientras se hacían los preparativos para la partida del día siguiente por la mañana. ʿIsà vigiló lo que se le había mandado y lo dispuso según los planes establecidos. Terminó el día. Apenas hubo rezado el emir la oración de la puesta del sol, se quebraron sus fuerzas, su mal resurgió con violencia y la muerte hizo su aparición. Le sobrevino un vómito; pidió una escudilla y

---

niente al sistema burocrático andalusí. Se empleó para designar a jefes de pequeños grupos militares pertenecientes a la guardia personal del soberano, para extenderse luego al jefe de un conjunto de servidores o jefe de un oficio o industria. Este vocablo al pasar al español ha restringido su significado al de jefe de constructores o albañiles, equiparable, en cierto modo, al de arquitecto. Cf. nota 80, págs. 259-260 del editor M. A. Makkī.

(21) Tocado alto, puntiagudo, cuya armazón interna la formaban varillas de madera, forrado de seda o tela. Era un tocado propio de alfaquies y, particularmente, de cadíes, aunque, a veces, lo usaban los altos dignatarios del gobierno. Cf. E. TYAN, *Histoire de l'organisation judiciaire en pays d'Islam*, Paris, 1938, págs. 199-206.

arrojó un torrente de sangre, repitiéndose el vómito varias veces, acompañado de un dolor que no cesó hasta que exhaló su espíritu y murió.

El emir Muḥammad pasó la noche en aquel salón. Observó la pieza de brocado que, colocada sobre la silla, esperaba para ser cortada y se informó de lo ocurrido con ella respecto a su padre, la tarde anterior. Quedó admirado y dijo:

[Pág. 163]

— ¡Que se convierta en la mortaja del emir! ¡Dios haga resplandecer su rostro!

Así se hizo y aquello quedó como un motivo de reflexión para quien lo oyó.

### *Descripción física del emir ʿAbd al-Raḥmān*

Tomado de Aḥmad ibn Muḥammad al-Rāzī:

Tenía la nariz aguileña y los ojos muy negros; era muy alto y de gran prestancia, con un largo bigote y una imponente barba y se teñía con alheña (22).

El lema que figuraba en su sello era (23): «ʿAbd al-Raḥmān, satisfecho del decreto de Dios». Fue el primero en utilizar dicho lema.

CAMILO ALVAREZ DE MORALES Y DÍAZ-MATAS  
Correspondiente

(22) Esta descripción debió servir de base a fuentes posteriores. La vemos recogida por Ibn al-Aṭīr, *Annales*, pág. 230; Ibn ʿIdārī, *Bayān*, vol. II, pág. 81 del texto y 132 de la trad.; al-Nuwayrī, *Nihayāt*, pág. 23. En cuanto a Ibn Ḥazm, *Naqt al-ʿarūs*, trad. L. Seco de Lucena, Colección «Textos Medievales», n.º 39, Valencia, 1974, página 103, dice que era bilioso.

(23) Ibn ʿIdārī, *Bayān*, vol. II, pág. 81 del texto y 131-132 de la trad., recoge más noticias sobre el sello del emir, indicando que tuvo uno anterior que perdió. El lema que aquí figura parece corresponder a un verso que, por encargo suyo, realizó el poeta al-Šamir. De él toma la noticia al-Maqqarī, *Nafḥ*, vol. I, págs. 347-348. Acerca del sello como distintivo real y su uso por los soberanos omeyas de al-Andalus, puede verse E. LÉVI-PROVENÇAL, *España musulmana*, págs. 165, 180 y nota 72, y R. ARIÉ, *España musulmana*, vol. III de la *Historia de España*, dirigida por M. TUÑÓN DE LARA, Barcelona, 1982, pág. 56.